

Las Sagradas Escrituras, la liturgia y la presencia de Cristo

Andrew Wandsworth¹

Desde el Concilio Vaticano II, los estudios litúrgicos contemporáneos se han inspirado en gran medida en las conclusiones de los biblistas modernos para presentar una determinada concepción de la relación entre los distintos elementos constitutivos de nuestra liturgia católica. No es de extrañar, pues, que, una vez más, los católicos sean acusados por los no católicos de no conocer la Escritura. Es indudable que la Escritura ocupa un lugar central en nuestra concepción de la liturgia, al igual que, por otra parte, en la vida de la Iglesia: de hecho, es en la sagrada liturgia donde la mayoría de los católicos descubren con mayor claridad las dos fuentes de la revelación divina (*scriptura y traditio*) y donde se alimentan de ellas con mayor frecuencia.² Hay algo directo y, al mismo tiempo, vital en la comunicación que Dios hace de sí mismo en la Palabra que es la Sagrada Escritura, lo que el *Catecismo de la Iglesia Católica* expresa de la siguiente manera: «A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios no dice más que una sola Palabra, su Verbo único, en quien se revela por completo».³

Basta con echar un rápido vistazo a los textos del Misal para darse cuenta de que la Sagrada Escritura es, con diferencia, la principal fuente de textos litúrgicos: las *oraciones de preparación* al pie del altar, *el Introito*, *la Epístola*, *el Gradual*, *el Aleluya* (o *el Tracto*), los *Evangelios*, los versículos del *Ofertorio*, las oraciones del *Lavabo*, el *Padrenuestro* y los versículos de la Comunión son todos, sin excepción (salvo las doxologías), textos de la Escritura; además, el *Gloria*, el *Sanctus* y el *Agnus Dei* se inspiran manifiestamente en la Escritura.

Teniendo en cuenta el carácter eminentemente espiritual de los textos litúrgicos del Misal, no es de extrañar que los Padres de la Iglesia primitiva hablen con frecuencia de la reverencia que se debe a la Sagrada Escritura, que es la Palabra de Dios, y, en este sentido, la santa liturgia de la Iglesia es el modo en que se proclama el contenido de la Revelación divina.⁴ Esto es, por otra parte, lo que expresa Orígenes cuando nos recuerda que esta reverencia es análoga a la que se

¹ Conferencia pronunciada con motivo del VI coloquio del CIEL, en Versalles, el jueves 9 de noviembre de 2000.

² *Dei Verbum*, 10.

³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 102 (cf. Heb 1, 1-3). En la Misa, la santa humanidad de Cristo, que se nos hace presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, se pone igualmente de manifiesto en la humanidad del Verbo de Dios: «En efecto, las palabras de Dios, al pasar por las lenguas humanas, han adquirido la semejanza del lenguaje de los hombres, del mismo modo que antaño el Verbo del Padre eterno, al asumir la fragilidad de nuestra carne, se hizo semejante a los hombres» (*Dei Verbum*, 13).

⁴ «La misión de Cristo y del Espíritu Santo, que en la liturgia sacramental de la Iglesia anuncia, actualiza y comunica el misterio de la salvación, continúa en el corazón que reza» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2655).

debida al Santísimo Sacramento. Afirma que, por supuesto, los fieles velarán con sumo cuidado, al recibir la Sagrada Comunión, por que ninguna partícula de la Sagrada Eucaristía caiga al suelo: sería, en efecto, una impiedad culpable dejar que se perdiera incluso la más mínima parte. Se debe conceder una reverencia *del mismo orden* a la Santa Palabra de Dios, que no es simplemente un elemento constitutivo de un rito preparatorio para la consagración y la distribución de la Sagrada Comunión, sino que forma parte integrante de nuestra celebración del misterio salvífico de Cristo en el santo sacrificio de la Misa.⁵

Quiero subrayar en este punto que no comparto ninguna de las opiniones erróneas según las cuales, de una forma u otra, la presencia de Cristo en las Escrituras sería idéntica a su presencia en las especies consagradas de la Sagrada Eucaristía. La Iglesia siempre ha afirmado, de manera fundamental y sin ambigüedades, que, en las especies consagradas, Cristo está presente *modo singulari*,⁶ un modo de presencia que, por retomar una expresión que se encuentra en *Lumen Gentium*, se caracteriza por «una diferencia esencial y no solo de grado».⁷ Dicho esto, esta reverencia fundamental hacia la Palabra de Dios queda bien patente en ciertas características de la liturgia que sabemos que son de origen muy antiguo, por ejemplo, las muestras de respeto que se rinden al *evangelario* durante la misa solemne y las misas pontificias: el evangelario se lleva solemnemente en procesión con cirios e incienso, permanecemos de pie durante el canto del Evangelio, nos santiguamos durante el diálogo introductorio y el sacerdote lo inciensa tras haber cantado el Evangelio.⁸ Todas ellas son expresiones de una comprensión intuitiva de la verdad teológica expresada en la *Constitución sobre la Revelación Divina*, que señala que, cuando se utilizan las Sagradas Escrituras en la liturgia de la Iglesia, es Cristo quien habla, y se puede decir que Cristo está presente entre nosotros en las Escrituras.⁹

Habiendo constatado, pues, que la Escritura constituye un componente esencial de la liturgia en su conjunto, centraremos ahora nuestra atención en la relación

⁵ Cf. Orígenes: *Homiliae in Exodum*, XIII, 3.

⁶ Sagrada Congregación de los Ritos: *Eucharisticum mysterium* (1967), 55: «En la celebración de la Misa se nos revelan progresivamente las principales formas de presencia de Cristo en su Iglesia. En primer lugar, Cristo está presente en la asamblea de los fieles reunidos en su nombre; a continuación, en su Palabra, cuando se leen y se explican las Escrituras; en la persona del ministro; y, por último, y de manera única (*modo singulari*), bajo las especies de la Eucaristía».

⁷ *Lumen Gentium*, 10.

⁸ A estas ceremonias se les concede aún más importancia en algunos ritos no romanos y en todos los ritos orientales, donde el sacerdote bendice a los fieles con el evangelario tras haber cantado el Evangelio.

⁹ *Dei Verbum*, 3.

distinción particular entre la *misa de los catecúmenos* y la *misa de los fieles*; veremos que entonces es posible empezar a comprender plenamente la inmensa importancia de esta característica esencial de la liturgia eucarística de la Iglesia católica. *Sacrosanctum Concilium* nos recuerda que estos dos elementos no son distintos, sino que forman «un único acto de culto», el cual consta de dos partes «estrechamente unidas entre sí». ¹⁰

El Concilio de Trento nos proporcionó las fórmulas que expresan de la manera más clara la naturaleza sacrificial de la Misa, pero cabe señalar que, en la Antigüedad, la Misa es la única forma de culto que asocia una liturgia de la Palabra con la liturgia sacrificial que es la Eucaristía. En las antiguas religiones paganas no se encuentra esta asociación entre *la enseñanza y el sacrificio*: los templos solo eran accesibles para quienes ofrecían los sacrificios. En el Templo judío, el atrio interior estaba reservado a los diversos ritos de sacrificio que allí se celebraban; la lectura y la enseñanza de la Torá se realizaban únicamente en los atrios exteriores del Templo y en las sinagogas. Desde los tiempos más antiguos, las influencias del Templo y de la sinagoga confluyen en una liturgia sacrificial totalmente impregnada de la presencia de la Sagrada Escritura.

La Liturgia de la Palabra, que forma parte integrante de la misa de los catecúmenos, tiene su origen en el servicio celebrado la mañana del shabat en la sinagoga. Este servicio se desarrollaba invariablemente según el siguiente esquema: una primera lectura de la Torá, un salmo, una lectura de *los Neviim* (profetas), a continuación una explicación homilética de las lecturas de la *sidrá* (el pasaje leído) y, por último, oraciones de conclusión. Si bien se aprecia claramente el parecido con nuestra «antes de la misa», no se sabe muy bien, en cambio, cómo, históricamente, este elemento litúrgico concreto se introdujo en la celebración de la misa. Sobre este punto (al igual que sobre muchos otros relacionados con la historia antigua de la evolución de la liturgia de la misa), los especialistas están muy divididos. Sin embargo, se pueden distinguir, a grandes rasgos, tres puntos de vista diferentes para explicar esta inclusión.

- La liturgia basada en las Escrituras de la sinagoga fue adoptada por la Iglesia en la celebración de la misa a principios del siglo II como compensación tras la expulsión de los cristianos de las sinagogas y su separación de la vida litúrgica de la comunidad judía. El Nuevo Testamento atestigua que los cristianos de origen judío asistían regularmente a los servicios de instrucción en el Templo de Jerusalén y en las sinagogas locales a las que

¹⁰ *Sacrosanctum Concilium*, 56.

pertenecían a .¹¹ Parece que las comunidades de gentiles abandonaron el culto sinagogal mucho antes de que terminara el siglo I, aunque algunos cristianos de origen judío mantuvieron esta práctica durante algún tiempo más.

- El segundo punto de vista (que yo comparto) es que el elemento escritural de la liturgia ha sido parte integrante de la Misa desde el principio. Si se tiene en cuenta que el discurso de Nuestro Señor que se nos ha conservado en Jn 13-17 fue, de hecho, pronunciado durante la Última Cena, el precedente litúrgico que constituye esta institución parece evidente. Sabemos también (Hch 20, 7-11) que Pablo habló largamente durante la celebración eucarística que tuvo lugar en Troas, lo que confirma que, en su práctica, los apóstoles parecen haber seguido el precedente instituido por el Señor.
- La tercera teoría, la preferida por los especialistas de una escuela, si no estrictamente modernista, al menos más moderna, es que, en un principio, en la Iglesia primitiva, la liturgia de las Escrituras era distinta de la celebración del ágape eucarístico. Pero, en contra de esta opinión, tenemos la exhortación de san Pablo (Col 4, 16 y 1 Tes 5, 27) en la que pide que sus epístolas se lean en la asamblea; por lo tanto, ¿no es razonable suponer que, para ello, la asamblea más adecuada fuera la reunida para la celebración de la misa? Sin embargo, lo que cabría retener de esta sugerencia es la idea de que la forma más antigua de los Evangelios —los Hechos de los Apóstoles— se presentaba como una serie de lecturas concebidas para ser leídas durante la misa .¹²

En la época postapostólica, san Justino, que escribió hacia el año 150, nos dice que la costumbre habitual de la Iglesia en aquella época era que, el domingo por la mañana, a la liturgia de la Palabra (misa de los catecúmenos) le siguiera la liturgia de la Eucaristía (misa de los fieles). Parece razonable interpretar la descripción que san Justino hace de la misa en su época —y que es también la de la misa que celebramos aún hoy— en el sentido de que estos dos elementos estaban unidos y constituían una única celebración.

En la *Primera Apología* de san Justino se encuentran dos descripciones de la celebración de la misa: una presenta una misa que incluye la liturgia bautismal y la otra

¹¹ Hch 2, 46.

¹² Lo mismo cabría decir del libro del Apocalipsis, que, evidentemente, fue concebido para ser leído en voz alta durante la santa liturgia (cf. Ap 1, 3), teniendo en cuenta que su contenido no debía mantenerse «en secreto» (Ap 22, 10) y que estaba destinado a ser «revelaciones relativas a las Iglesias » (Ap 22, 16).

de la misa del domingo por la mañana. En la primera descripción no se menciona una liturgia de la Palabra, y cabe pensar que esto se debe a que el bautismo se administraba durante una vigilia prolongada (la *Vigilia Pascual*), uno de cuyos elementos principales era una liturgia de la Palabra. En cambio, la segunda descripción de la misa ordinaria del domingo en aquella época incluye efectivamente este elemento esencial de la liturgia:

«El domingo, los cristianos se reúnen para una celebración común; escuchan a los profetas y los evangelios según lo permita el tiempo. Cuando el lector ha terminado, el celebrante se dirige a ellos, exhortándoles a poner en práctica lo que han oído». ¹³

Las fuentes más antiguas no nos dan ninguna indicación sobre el ciclo de lecturas; sin embargo, cabe suponer razonablemente que, muy pronto, la Iglesia adoptó la práctica judía de dicho ciclo (la sinagoga tenía un ciclo anual para la lectura de toda la Torá). Las *Constituciones Apostólicas*, escritas en el siglo IV en Antioquía, nos proporcionan muchos más detalles. Este documento atestigua que, en Antioquía, la costumbre era tener cuatro lecturas (dos del Antiguo Testamento, una epístola y un evangelio). Sin embargo, algunas indicaciones permiten pensar que, en el siglo IV, la práctica era, al menos en Roma si no en otros lugares, tener una sola lectura que no procediera del Evangelio; esta se tomaba del Nuevo Testamento los domingos y del Antiguo Testamento entre semana. ¡Quienes se empeñan en defender la disposición del leccionario del *Missale Romanum* de 1962 deberían tomar nota de la antigüedad de esta venerable tradición!

A menudo se critica el leccionario del antiguo misal con el pretexto de que solo ofrece una selección limitada de lecturas de las Escrituras en comparación con los ciclos más amplios del *Missale Romanum* (1969). También se oye con frecuencia la observación de que una segunda lectura no extraída de los Evangelios (sin vínculo temático con la primera lectura) hace que la liturgia de la palabra resulte demasiado confusa por la diversidad de sus elementos y temas. Mi opinión personal es que, si el ciclo tradicional de lecturas se comenta adecuadamente en nuestras homilías, esto no puede sino reforzar y profundizar una verdadera participación en el misterio de Cristo hecho presente en los sagrados misterios.

Por otra parte, es interesante señalar que, en el siglo IV, no era inusual que se leyeran en la misa textos no extraídos de las Escrituras, y en particular textos hagiográficos para las fiestas de los mártires. ¹⁴ Pero esto acabó considerándose como un

¹³ San Justino: *Apología* I, 67, 3-4.

¹⁴ Parece que esta era la costumbre en el norte de África, en España y en la Galia.

abuso y, dado que la Iglesia de Roma nunca lo había practicado, esta costumbre se abandonó pronto.

En los siglos ^{III} y ^{IV}, vemos también cómo se establece un lugar específico para la proclamación de las lecturas; en un principio se trataba de una plataforma elevada, a veces provista de un *legilium* o atril. Poco a poco, esto se convirtió en *el ambón*, que se utilizaba no solo para las lecturas, sino también para los cantos que las acompañaban y quizá incluso para la homilía. Se trata de un importante testimonio histórico de que, en esa etapa, la liturgia de la Palabra se había incorporado definitivamente a la celebración de la misa. Las fuentes nos indican también que, tanto en Roma como en Constantinopla, el número de lecturas se fijó progresivamente en dos.

Es imposible determinar en qué momento exacto se llegó a utilizar un ciclo de lecturas o un leccionario comunes. En el sur de Italia existía sin duda un leccionario para los domingos posteriores a la Epifanía y a Pentecostés ya en el siglo ^{VI}. Este tipo de leccionario siguió desarrollándose en el siglo siguiente, del que datan los primeros leccionarios completos.

*El *Ordo Romanus Primus**, que data del siglo ^{VII}, nos ofrece una descripción clara de cómo era en aquella época la liturgia de la Palabra durante la misa: es indudable que solo había una lectura, aparte del Evangelio. Este documento precisa que el evangelario no se llevaba en procesión al comienzo de la misa, sino que se depositaba sobre el altar antes de que comenzara la misa. Tras la colecta, el subdiácono cantaba la epístola. Durante los cantos que precedían al Evangelio, el diácono del Evangelio se acercaba al trono papal, se inclinaba ante el Papa y le pedía su bendición. A continuación, tomaba el evangelario del altar y, precedido por la procesión del Evangelio, se dirigía al ambón. Es en esta descripción donde se mencionan, por primera vez, las velas que acompañaban al Evangelio. Según el contexto, queda claro que simbolizan la luz de Cristo presente en su Palabra: el Evangelio. Tras el canto del Evangelio, todos los miembros del clero presentes en el *presbiterio* se inclinaban ante el evangelario. A continuación, este se llevaba inmediatamente al palacio papal, y este último detalle nos muestra claramente la veneración que se le profesaba al libro de los Evangelios, ricamente adornado e incrustado de piedras preciosas para indicar de manera visible la importancia fundamental que tenía en la santa liturgia.

También de esta época nos llegan indicios de un ciclo de evangelios para los domingos y fiestas solemnes. Podemos afirmar con certeza que es este mismo ciclo de enseñanza evangélica el que se ha perpetuado hasta nuestros días a lo largo de doce

siglos, testimonio elocuente de la llamada permanente a la conversión que constituye el núcleo de nuestra fe. Probablemente fue también en esa misma época cuando surgió la asociación, de antigua tradición por tanto, entre ciertos textos de las Escrituras y la celebración de fiestas y misterios particulares, lo cual constituye una característica perdurable de nuestra liturgia y que, aún hoy, se encuentra en el corazón mismo de nuestra percepción de ciertas doctrinas esenciales y de ciertos misterios fundamentales. Esto pone de relieve que la liturgia hace, en general, un uso tipológico de la Sagrada Escritura, ya que ambos Testamentos se nos presentan como una revelación única de la economía salvífica de Dios en Cristo y se interpretan a la luz el uno del otro

.¹⁵

En la Edad Media se produjo una puesta en valor, comparable en belleza, de la liturgia de la Palabra, y ello en la forma en que se proclamaba. Fue la época del *cantor*, cuyo arte se manifiesta en cantos de gran belleza para el Gradual, el Tracto y el Aleluya que se encuentran en los manuscritos de la época. Numerosos liturgistas modernos se esmeran en no detenerse en este aspecto de la belleza estética de la liturgia medieval, pues quieren convencernos a toda costa de que la liturgia medieval se fue distanciando progresivamente de los fieles. El primer objetivo de este oscurecimiento deliberado es reforzar los argumentos a favor de una reforma litúrgica radical más reciente, en particular en lo que se refiere al elemento escritural de la liturgia.

Desde este punto de vista de la evolución de la liturgia, el aspecto más relevante de la práctica litúrgica de la Iglesia medieval es la práctica, cada vez más extendida, de las celebraciones privadas, en forma de misas bajas. No pretendo entrar en una polémica contra la misa baja, ya que, tanto para mí como para la mayoría de los sacerdotes, es la forma más frecuente de celebrar la misa. Sin embargo, conviene recordar que el efecto inmediato de este modo de celebración es que a todos los textos litúrgicos se les atribuye la misma dignidad. En tal caso, como por ejemplo en una misa privada celebrada casi en su totalidad en voz baja, no es difícil ver que a la proclamación de la Sagrada Escritura se le podría conceder un menor respeto. Quizás esto nos haga ver la importancia fundamental de mantener una concepción clara del carácter particular de cada texto litúrgico, ya sea para ser cantado o para ser leído y, en este último caso, según se recite «*clara voce*» o en silencio. Sobre este punto, en las

¹⁵ «La Iglesia, ya en los tiempos apostólicos y luego constantemente en su Tradición, ha puesto de relieve la unidad del diseño divino en los dos Testamentos gracias a la *tipología*. Esta discierne en las obras de Dios bajo la Antigua Alianza las prefiguraciones de lo que Dios ha realizado en la plenitud de los tiempos, en la persona de su Hijo encarnado. Los cristianos leen, pues, el Antiguo Testamento a la luz de Cristo muerto y resucitado» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 128, 129).

En las formas más solemnes empleadas por la Iglesia para la celebración, como por ejemplo en la misa solemne, se encuentra una clave hermenéutica de interpretación muy clara.

Teniendo muy presente este marco histórico y litúrgico, consideremos ahora algunas perspectivas teológicas que sirven para subrayar la importancia central de la presencia de Cristo en la proclamación de su Palabra durante el santo sacrificio de la Misa: Cristo, el Verbo vivo, nos habla o, mejor dicho, nos hace partícipes de la conversación que tiene lugar con Dios Padre por medio del Espíritu Santo. Retomando una expresión de san Agustín:

«Le hablamos cuando rezamos; le escuchamos cuando leemos los oráculos divinos» (*De Officiis ministrorum*, 1, 20, 88; *PL* 16, 50).¹⁶

- Cristo está presente en su Palabra y, de manera especial, en el Evangelio de la Misa, que constituye un sacramental para disponernos a recibir la gracia y para el perdón de los pecados.¹⁷
- Cristo, que está presente entre nosotros en la proclamación de su Palabra, se hace sacramentalmente presente en nuestros altares en las Sagradas Especies y lo recibimos en su totalidad en la comunión.¹⁸
- Del mismo modo que Cristo está presente en la celebración de la Misa,¹⁹ esta es el lugar privilegiado para la interpretación de su Palabra. Es el mismo Espíritu Santo que inspiró la redacción de la Sagrada Escritura el que actúa en la epiclesis del Canon para llevar a cabo la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Verbo vivo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo,²⁰

¹⁶ Se trata de una idea que se encuentra con frecuencia en los textos del Magisterio: «El Dios de toda providencia, que, en los designios adorables de su amor, elevó primero a la raza humana a la participación de la naturaleza divina y, a continuación, la liberó de su culpa y de su ruina universales [...] ha concedido al hombre un don y una garantía maravillosos al darle a conocer, por medios sobrenaturales, los misterios ocultos de su divinidad, de su sabiduría y de su misericordia» (León XIII: *Providentissimus Deus*, Introducción). Y, más recientemente: «En efecto, para la realización de esta gran obra, Cristo se asocia siempre con la Iglesia, su amada Esposa, que le invoca como su Señor y que, a través de él, rinde culto al Padre eterno» (*Sacrosanctum Concilium*, 7).

¹⁷ Baste recordar la oración silenciosa que reza el sacerdote tras el Evangelio: «*Per evangelica dicta deleantur nostra delicta*». En los ritos orientales, tras el canto del Evangelio se recita una letanía penitencial. En el rito dominicano, la señal de la cruz con la que concluye la lectura del Evangelio sirve para reconocer la gracia de este sacramental particular y para beneficiarse de ella.

¹⁸ Así, es a través de la Iglesia como recibimos la Palabra de Cristo y su interpretación, y es a través de esta misma Iglesia como recibimos, por medio de los sacramentos, la gracia de Cristo que nos permite ser conformados a su imagen —cf. *Lumen Gentium* 48, 4.

¹⁹ «La misión de Cristo y del Espíritu Santo, que en la liturgia sacramental de la Iglesia anuncia, actualiza y comunica el misterio de la salvación, continúa en el corazón que reza» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2655).

²⁰ «La Sagrada Escritura debe leerse e interpretarse a la luz del mismo Espíritu que la inspiró» (*Dei Verbum*, 12).

- Nuestra reverencia por el Verbo de Dios, presente entre nosotros en la celebración del santo sacrificio de la Misa, debería hacernos percibir mejor el Reino de Dios presente de forma realizada en la acción de la Misa y, en particular, la obra santificadora permanente de la Palabra de Dios en la vida de todos aquellos que celebran este santo misterio.²¹

En cuanto a este último punto, debemos reconocer con toda honestidad que la mediocridad de muchas celebraciones litúrgicas no ayuda en absoluto a las personas a captar esta dinámica interior de la sagrada liturgia. Las comunidades y parroquias que están en condiciones de ofrecer un modo de celebración más solemne, acompañado de cantos litúrgicos adecuados y bien interpretados, ofrecen un inmenso tesoro que tiene un valor tanto catequético como espiritual. Se trata de una visión de la liturgia que se desarrolló plenamente en el siglo XIX con el renacimiento, en Francia, de la vida monástica integral gracias a figuras tan eminentes como Dom Prosper Guéranger y Dom Paul Delatte, de Solesmes, y Dom Jean-Baptiste Muard y Dom Romain Banquet, de La Pierre-qui-Vire. Todos estos maestros de la vida espiritual exhortaron a quienes les siguieron a tener un mayor amor y un mayor respeto por la Palabra de Dios en la Santa Liturgia.

La *Regla* de San Benito nos ofrece el tesoro inestimable del oficio monástico tradicional, que constituye el contexto perfecto en el que la celebración de la misa conventual ocupa, sin lugar a dudas, el primer lugar. No es de extrañar que los actuales hijos de estos pioneros de una espiritualidad litúrgica auténtica hayan aportado una contribución tan considerable al desarrollo de esta obra esencial de catequesis práctica. Para todos nosotros es una maravilla asistir a ella en un monasterio, pero ¿hemos reflexionado sobre cómo esas mismas ideas podrían aplicarse a los contextos pastorales tan diferentes de nuestras propias celebraciones litúrgicas?

Probablemente sea acertado afirmar que quienes, en la actualidad, han analizado el rito romano clásico han tendido a considerar con cierta desconfianza las posturas de los especialistas modernos en las Escrituras, y no sin razón, en la medida en que estas ideas suelen ir de la mano de fórmulas doctrinales heterodoxas. Personalmente, estoy convencido de que, en lo que respecta a los estudios bíblicos, el camino más prometedor es que se enmarquen en el contexto más amplio del estudio de la liturgia, ya que, al fin y al cabo, se nos ha dicho que

²¹ «Gracias a su sentido sobrenatural de la fe, todo el Pueblo de Dios no cesa de acoger el don de la Revelación divina, de penetrarlo más profundamente y de vivirlo más plenamente» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 99).

«El estudio de la Sagrada Escritura [debe ser, por tanto,] para la sagrada teología como su alma».

²² Y, si esto nos resultara más natural y evidente, nuestra predicación mejoraría enormemente y la Misa orientaría a muchas más personas en la dirección hacia la que sabemos que es posible avanzar.

La sagrada liturgia es el contexto más adecuado para la Palabra de Dios, y es precisamente en relación con este contexto donde comprendemos y apreciamos dicha Palabra con mayor claridad y profundidad. Me veo confirmado en esta opinión por una reflexión del venerable cardenal John Henry Newman quien, a propósito del temor religioso que inspira el culto auténtico y de la subordinación de todos los elementos de la sagrada liturgia a su único fin, escribe esta profunda reflexión que les presento a modo de conclusión:

«Hay dos cosas que sabemos de los ángeles: que cantan: “Santo, Santo, Santo” y que cumplen la voluntad de Dios. Su santidad se compone de adoración y servicio. Y nuestra santidad es proporcional a la medida en que nos acercamos a ellos. Pero todos los ejercicios del espíritu que nos llevan a reflexionar sobre nuestra condición y a constatarla, sobre qué es el culto y por qué adoramos, sobre qué es el servicio y por qué servimos, sobre lo que implican nuestros sentimientos y lo que significan las palabras que pronunciamos —todos estos ejercicios, a menos que sepamos utilizarlos verdaderamente—, tienden a alejar nuestras mentes de lo único verdaderamente necesario. Todas las pruebas de la religión, las pruebas y demostraciones de doctrinas concretas, las pruebas escriturales... todo ello nos brinda sin duda la oportunidad de ejercitar los grandes y admirables poderes de nuestra mente, y sería fanatismo querer menospreciarlas o rechazarlas. Pero para ello se necesita una mente que se arraigue y se afiance en el amor, para que no se disipe en esos ejercicios. En cuanto a las mentes verdaderamente religiosas, cuando se dedican a tales ejercicios, en lugar de contentarse con simples controversias, es seguro que verán cómo la búsqueda se convierte en meditación, la exhortación en adoración y la discusión en enseñanza . ²³

Esperemos y recemos para que la forma en que comprendemos y apreciamos la presencia de Cristo en la liturgia no sea menos equilibrada y esté imbuida de temor reverencial y que, al igual que para Newman y para nuestros hermanos fieles de cada época de la historia de la Iglesia, la santa liturgia se convierta en el lugar de nuestro encuentro con Dios, un lugar donde Él está presente para hablarnos, un lugar donde oiremos Su voz con mayor claridad y donde le obedeceremos mejor, un lugar donde el amor de Dios, expresado en Su Verbo hecho carne, sea recibido y adorado, un

²² *Dei Verbum*, 24.

²³ Cardenal J. H. Newman: *Parochial and Plain Sermons*, viii.

lugar, por fin, donde los corazones humanos se abran para acoger esta Palabra en toda su plenitud y toda su gloria, para que, en la medida en que la recibamos, el Reino de Dios pueda extenderse — *Adveniat regnum tuum*—.